

Había un kilómetro y medio entre la oficina de correos y la estación del ferrocarril. La gente del pueblo lo consideraba una verdad indiscutible, como la velocidad de la luz o el hecho de que los aborígenes no aguantaran el alcohol. La oficina de correos, con su olor a papel timbrado, estaba situada en lo alto de la colina, en el centro del pueblo. Al final de la cuesta se instaló la nueva central telefónica. Aunque hubiera que esperar horas para obtener línea, la comunidad entera estaba orgullosa de que desde aquella pequeña y mal ventilada cabina se pudiera hablar, a través de unos hilos que crujían, con otras personas de cualquier lugar del mundo.

Sin embargo, para Rora el verdadero enlace del pueblo con el mundo exterior era la estación del ferrocarril, justo al otro extremo de la larga calle mayor. Aparte de las "locos" -como la gente llamaba a las locomotoras que transportaban los montones de caña de azúcar desde las plantaciones de los alrededores hasta las dos azucareras de la zona-, había también unos pequeños automotores que circulaban cada día, llevando pasajeros y conectando los pueblecitos que se extendían a lo largo de la costa, pero para Rora aquellos trenes eran tan insignificantes como el propio edificio, descuidado y sin ningún atractivo, de la estación. Por lo que a ella se refería, sólo había un auténtico tren que pasara por la estación: el tren correo. A las doce y diez aparecía como salido de la nada, silbando con fuerza para que pudiera oírse en todo el pueblo.

El tren apenas paraba; sólo lo necesario para canjear los sucios sacos de lona y dejar que alguien lo suficientemente afortunado como para viajar en él subiera por aquella escalerilla, empinada e incómoda, y encontrara el vagón y el asiento correspondientes al número marcado en su billete. Entonces, echando humo como si resoplara de entusiasmo, se ponía de nuevo en marcha; los complejos ejes y bielmas de la máquina se movían imponiendo autoridad, mientras los rápidos pistones arremetían sin tregua a lo largo de la recta y estrecha vía.

El tren correo iba a la ciudad, y para Rora, que nunca había salido del pueblo, esa palabra ofrecía, por sí sola, infinitas posibilidades. Ni por un momento ponía en duda que la gente de la ciudad vivía la vida en technicolor, en contraste con la simple existencia en blanco y negro del pueblo. La ciudad incluso podría ser París, que una vez había visto en una revista. La Torre Eiffel, aquella luminosidad asombrosa, los lujosos escaparates... Todo se lo imaginaba siempre al final del trayecto del tren correo.

Rora estaba convencida de que nada importante podía ocurrir en el pueblo sin la intervención directa del tren correo. Parecía, pues, lo más natural del mundo que cuando su abuelo y Herb Wilson se fueron a la guerra viajaran en el tren

correo.

Durante varios meses, la gran casa en la que Rora y su madre vivían con los abuelos había retumbado con las bombas que explotaban en lejanos campos de batalla. No se hablaba de otra cosa que no fuera de pararlos. La frase No pasarán parecía haber sido acuñada por la propia abuela de Rora, tal era la convicción con que la decía.

Habían pasado veintidós años desde que Big Julio y Angelina se marcharon de España. En su pueblo, Julio había visto a demasiados hombres toser y sofocarse hasta morir en el pozo de la mina como para quedarse allí y arriesgarse a terminar igual. Él y su joven esposa empaquetaron sus cosas en dos maletas de cartón y partieron para conquistar el nuevo mundo.